

ESTEVE GUILLÉN, Anna, *El dietarisme català entre dos segles (1970-2000)*, «Biblioteca Sanchis Guarner» 73, Alacant/Barcelona: IEC. PAM, IUFV (2010), 297 pp.

La autora comienza con una frase contundente, con la que dice no exagerar: «l'esclat del gènere dietarístic que es produeix a finals del segle XX i principis del XXI representa un dels fenòmens més impactants que ha afectat la literatura catalana dels últims anys» (11). Comentario que naturalmente da razón del móvil del libro.

El rasgo de su novedad intenta captarlo centrándose en los rasgos comunes y recursos reiterados, que permiten caracterizarlo. Si bien ello no es sencillo, dado que la característica más llamativa que va anotando a lo largo de los puntos de estudio es la heterogeneidad; y no es de extrañar, dado que los géneros nuevos –o, al menos, menos nuevos que otros– suelen ser más dúctiles y abiertos. El dietarismo, en el momento que abarca este título, en que el género está en plena efervescencia en la literatura catalana, es de sumo interés ya desde esta primera perspectiva de gozar de flexibilidad. Algo parecido ocurría en los inicios de la novela romántica en prosa, pues era tan moldeable que definía su perfil el hecho de no tenerlo, el engullirlo todo (diálogos, crónicas, sermones, etc.), de modo que el *Curial e Güelfa*, por ejemplo, se caracteriza por su hibridismo o carácter mixto. Ocurre hoy algo semejante con un género novísimo, la minificción, que se mueve tambaleante entre la poesía y el relato breve.

En la introducción se destaca el arranque en el siglo XX, recogiendo opiniones opuestas: que «en un món saturat de ficció, d'històries reals, inversemblants en molts casos, el jo es refugia en si mateix, així com en el s. XIX es refugiava en les

novel·les», por parte de Trapiello, o bien la de Aranguren, para quien nuestra época no es propicia a la intimidad (14-15). Se observan también notas como la escasez de mujeres o la dilatación entre la escritura y la publicación (15-16). Asimismo se resalta el esfuerzo editorial en los 80, si bien están pendientes de verse al catalán diarios como el de Anaïs Nin, muestra de lo que falta para situarse esta literatura en un nivel de normalidad; así como hay un déficit de estudios para con el género. Sin embargo, los índices alcanzados ya ratifican su dignificación, puesto que «s'ha fet mereixedor d'un espai propi i que avança de manera exponencial» (20). Avance que sigue imparable en el siglo XXI, a pesar de los puntos señalados en que la literatura del yo tiene todavía una deuda.

A continuación, se sumerge en la «poética», y, luego, se centra en siete dietarios de principal valor en estas letras. He aquí el hilo del estudio. Empieza, pues, con una visión desde la teoría, en unos capítulos en que la profesora de la Universidad de Alicante muestra un amplio conocimiento de los dietarios catalanes, excediendo con creces su familiaridad a las siete muestras a las que se ha ceñido para profundizar; así pasan por sus comentarios los de Puig i Ferrer, Ràfols-Casamada, etc., etc. Hace también alguna cala en otros tiempos, recordando, por ejemplo, que los dietarios de la Edad Moderna de hecho eran crónicas (25).

El estudio, bien estructurado, abraza los tres flancos del género: el tiempo, el yo, y la escritura. Sin embargo –y humildemente, como nos corresponde a menudo en Filología–, tiene que reconocer la limitación para una sistematización; no obstante, procura distinguir «un compendi de llocs comuns que freqüenten bona part dels dietaris catalans contemporanis» (23). Entre distintas y agudas observaciones recogemos, en cuanto al hecho de fecharse,

que aunque es algo que puede ser ficticio, produce sensación de rigor y es una convención del género (27); o bien que a menos temporalidad, más cercanía al ensayo (29). Pero más que atenerse a lo que denomina la ley del calendario considera un rasgo genuino el fragmentarismo, «que transpira una cierta periodicitat o regularitat en l'escriptura de les anotacions; uns mots amarats del pas dels dies» (29). Se refiere asimismo a la repetición de motivos, otro rasgo típico; y cierra la temporalidad dirigiendo la atención a los principios y los finales de los diarios. Un caso original de esto último es *Temps d'una espera* de Carme Riera, tiempo que está marcado por el embarazo, por lo que concluye al separarse la autora de su muda interlocutora –su hija– a raíz del nacimiento.

Al yo, como es lógico siendo una escritura eminentemente marcada por la subjetividad, se le dedica la mayor extensión (40-72). Arranca de la identificación de autor-narrador y personaje, y espigamos también de aquí sugerentes comentarios, como el relativo a la imagen del autor, que es esencialmente «representación», como en el autorretrato pictórico, aunque se den diversas maneras de oblicuidad a la hora de expresar lo autobiográfico (44-45). Se pronuncia aquí formulando un rasgo bajo el cual comprende a todos estos autores catalanes, calificándolos «malalts de literatura» (47), o sea que están marcados por la literaturización, quizás como ocurría con los anteriores *lletraferits*; ello se rubrica en el capítulo *La literatura una constante*. Entre otros ángulos de observación, incluye este apartado la literatura de viajes (62); de modo que se permite reconocer al lector que se ha puesto orden en el tema, superando lo que se reconoce como una «diversitat selvàtica» (68).

En el tercer punto de estudio, «L'imperi de l'escriptura», la profesora Esteve se

refiere a la diferencia de estilos, y señala que «l'estil no està renyit necessàriament amb l'autenticitat de la veu que s'imposa en el dietari» (74). Atiende asimismo a puntos como la tensión entre vida y literatura, que es distinta que en la ficción evidentemente; y cada autor es quien la decanta hacia la audiencia o el aspecto documental.

La selección de los siete dietarios catalanes se ha hecho en función a su singularidad, o sea a su calidad literaria y representatividad. Y aunque literariamente suelen verse a modo de *collages* de difícil catalogación, vuelve a ofrecérsenos una ulterior y útil agrupación reduciéndolos a cuatro modalidades: profesionales o intelectuales; confesionales; iniciáticos; taller de escritura; así como se estrecha la cronología a los años 1979-1991, como índice de cosecha selecta (108). Nos vamos a limitar a dar los nombres de los autores elegidos, a la vez que recogemos el sello con que se definen: Pere Gimferrer, la creación de un mundo literario; Valentí Puig, un claro en medio del bosque; Feliu Formosa, la voz confesional; Josep Piera y Rafa Gomar, el cajón de sastre; Enric Sòria, el arte de conversar; Miquel Pailó, hacer de la vida literatura.

Todo este esfuerzo quedaría baldío sin el cotejo con autores de otras literaturas, es decir de su contextualización en el conjunto general, así como de la atención a las influencias que se reciben. Se recorren estas de un modo individual: Valentí Puig se remonta a Amiel y Jünger; Fuster hacia el ámbito germánico, sobre todo a Thomas Mann; Gimferrer abarca de san Agustín a Kafka pasando por Leandro Fernández de Moratín... Entre las fuentes autóctonas sobresale Pla, quien sigue de cerca a Stendhal, y en segundo lugar Joan Fuster y Marià Manent, constituyendo su influjo una tríada ya clásica en su proyección sobre los años 60. Este comparatismo, acorde con el iniciado en la parte teórica, con referencias a

distintos campos y autores (Barthes, Genette, Lejeune, Aranguren, Castilla del Pino...), garantiza la objetividad del trabajo al insertarlo en un panorama universal.

Tas haber analizado, seleccionado y dictaminado sobre estos textos y sus autores, ya en las conclusiones se indaga acerca de las razones para este auge. Y se nos brinda finalmente un generoso Anexo (291-297), en que los títulos –a pesar de habérsenos informado de la lectura de más de 60 del período– suman 85 y se extienden hasta 2005.

Cabe añadir que el lector se queda con la sensación no sólo de hallarse ante un estudio bien hecho sino con la constatación de una literatura que descuella en el dietarismo en el período observado, el cual alcanza hasta nuestros días. Además de felicitar –a la autora o a la editorial– por el detalle de ofrecer un índice onomástico –que hoy tendría que ser algo habitual, dado su servicio al lector y la facilidad de obtenerlo–, cerramos con la idea de que se trata de un estudio valioso sobre un género emergente, trabajo que será sin duda de utilidad, y es de esperar que asimismo de afirmación y estímulo para el género estudiado. Hay que añadir que es una edición cuidada y rigurosa, como lo son los títulos de esta colección, la «Biblioteca Sanchis Guarner» del Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, dirigida por Antoni Ferrando. Y precisamente de este ámbito territorial se ha publicado con posterioridad otro interesante recorrido por el género, aunque más breve de mayor espectro temporal y con inclusión del panorama bilingüe –con la producción en español–, por parte de Vicent Josep Escartí¹.

JÚLIA BUTINYÀ

¹ *Noticia sobre la literatura memorialística al País Valencià, del segle XIV al XIX*, «Manuscripts» 28 (2010), pp. 181-205.

HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, David, *Vidas de Pitágoras*, Atalanta, Girona, 2011, 438 págs.

La tradición hace nacer a Pitágoras en Samos hacia el 570 a.n.e., y supone su muerte en Metaponto unos ochenta años más tarde. Las fuentes cuentan que pudo ser discípulo de Tales, Ferecides y Anaximandro, entre otros sabios de la época, y que realizó viajes por Egipto, Babilonia e India, por citar solamente los lugares más alejados de su patria, y también los más simbólicos. Hacia el 530 recaló en Crotona, ciudad griega al sur de Italia, donde fundó su escuela, que acabaría teniendo gran influencia política y social. En tanto que representante todavía de un mundo oral, Pitágoras transmitía sus enseñanzas de modo personal y no las confió nunca por escrito. Por eso, incluso en su momento de mayor influencia, más allá de su círculo cercano sólo llegaba una versión incompleta e insegura de su doctrina. En la actualidad, únicamente podemos remitirnos a unos breves testimonios más o menos coetáneos, pero posteriores a la muerte del sabio y a la extinción del movimiento: unos versos de Jenófanes, otros de Empédocles y dos fragmentos de Heráclito. Seguramente no es casualidad que únicamente el segundo de ellos sea una referencia positiva y entusiasta. Más tarde, a partir el siglo I a.n.e., la doctrina pitagórica se reactivó y se procedió a la recolección de todas las noticias accesibles.

Uno de los grandes méritos del libro que nos ocupa es que su autor, David Hernández de la Fuente, ofrece al lector la esmerada traducción de todas las biografías que conservamos de Pitágoras, así como un apéndice con los conocidos como *Versos de oro*, una colección de máximas de origen tardío. Así, encontramos las vidas de Diodoro de Sicilia, de ese mismo